

UNA OBRA CURIOSA

Tenemos a la vista un volumen cuyo asunto nos parece del más alto interés. Su autor no es un filólogo de profesión, sino un diplomático, un prelado romano, el mismo que actualmente desempeña el cargo de Delegado apostólico en Colombia. Titúlase el libro *La lengua quichua y la lengua egipcia en sus tres formas, geroglífica, demótica y copta*; y fue publicado en Bruselas en 1908 (1). En el pensamiento del autor, la obra debía comprender tres partes, pero creemos que sólo la primera ha sido dada a la estampa. Este volumen tiene la particularidad de que no ha sido compuesto en tipo común de imprenta, sino que es reproducción en facsímile del manuscrito original, redactado por su autor en lengua castellana. Monseñor Enrique Gasparri residió durante varios años en el Perú, y allí atrajeron su atención los restos que aún quedan de la civilización incaica y que revelan remota procedencia oriental. «Los antiguos habitantes del Perú—dice—conocieron la raza blanca con barba larga, y a esta raza, según las tradiciones, pertenecieron, por largo tiempo, los mismos emperadores incaicos. Entre sus *huacos* (vasos funerarios), además de figuras de hombre con barba larga, se encuentran las figuras de los negros de África (véase en Lima el museo de antigüedades peruanas recogidas por Raimondi); del león africano, que no vive en el continente americano... de la vaca, del ternero. Se encuentran también figuras de hipopótamos, de asnos y de otros animales, que no son originarios del continente americano. En fin, comunísimas son las figuras de flores y frutas, originarias del Asia (véase

(1) El ejemplar que hemos consultado pertenece a nuestro respetable amigo el Canónigo Dr. Celso Forero Nieto a quien se lo ofreció en Bruselas Monseñor Gasparri.

en Lima el Museo Raimondi y el Museo de la Exposición).»

Previendo una objeción, que fácilmente ocurre al leer lo anterior, observa Monseñor Gasparri que no puede decirse que estos objetos fueron fabricados después de la conquista, pues «se encuentran también en las tumbas preincaicas, como las del *Grqn Chinu, Huauuco el viejo, Tihuanacu*, etc.,» fuera de que sería inexplicable que los indígenas, contra la prohibición de los vigilantes misioneros, quisieran colocar en sus tumbas la figura de la vaca, «introducida en el Perú muy tarde, y no hayan querido imitar la figura del caballo, que fue introducido antes y que tanta admiración produjo en los habitantes de aquellas regiones.»

Considera Monseñor Gasparri que esas figuras son objetos de culto, y que su presencia en los sepulcros indígenas revela claramente que los habitantes del continente americano emigraron de las regiones del Oriente de donde proceden esos animales, o por lo menos estuvieron en relación con las gentes que en ellas habitaron. En uno o en otro caso, la civilización quichua recibió la influencia de algún pueblo oriental.

¿Cuál pudo ser éste? Hé aquí el punto capital del problema, el más complicado y de más ardua solución. Desde la época de los cronistas españoles, se sospechaba ya esa influencia del oriente, que los descubrimientos modernos han venido a comprobar. Pero no se ha podido determinar con certeza cuál de las civilizaciones orientales dio origen a la quichua o por lo menos le imprimió un sello que la distingue de la de los otros pueblos americanos.

Auxiliar poderoso para esta clase de investigaciones, puede hallarse en la filología comparada, que tantos servicios ha prestado a los estudios etnológicos y que tan inesperada luz ha derramado sobre períodos desconocidos de la historia. Ciencia es ésta relativa-

mente moderna, pero que en poco tiempo ha llevado sus métodos a un grado altísimo de perfección. En siglos pasados, se decidía del parentesco de las lenguas por simples semejanzas exteriores, debidas muchas veces a circunstancias casuales, y se establecían filiaciones arbitrarias y preeminencias caprichosas, para dar el principado al idioma favorito colocando a los demás en la categoría de súbditos y vasallos. Ya en el siglo XVIII empezó a comprenderse lo absurdo de este sistema y a verse con claridad que los idiomas deben estudiarse por procedimientos científicos, análogos a los que emplea el naturalista para clasificar las especies. El propio Hervás y Panduro observa: «El carácter de algunas lenguas no se llega a conocer perfectamente por medio de sus vocabularios solos: mas se deben consultar sus gramáticas, para conocer su carácter propio por medio de su arteificio gramatical.»

A la filología han acudido los que se ocupan en resolver el problema del origen de los pueblos americanos; de aquí el interés que se nota en el estudio de las lenguas indígenas que aún sobreviven, y el amor con que se recogen los recuerdos, los esparcidos restos de aquellos que ya murieron y cuya estructura y vocabulario sólo pueden rastrearse en las gramáticas de los antiguos misioneros.

Entre las lenguas que han resistido incólumes la invasión del idioma castellano y las influencias de la civilización europea, está, en primer término, el *quichua*, que sirvió de medio de expresión a una de las más poderosas razas indígenas y se extendió por el vasto dominio de los Incas. Estos, al decir del P. José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*, «como iban conquistando tierras, iban también introduciendo su lengua; porque aunque hubo y hay muy gran diversidad de lenguas particulares, la lengua cortesana del Cuzco (o la *quichua*) corrió y corre hoy más de mil leguas.» Y agrega el grande Hervás y Panduro: «Los gobernadores Incas anteponian en los oficios de la república, así en la paz como en la guerra, a los

que mejor hablaban la lengua general. Con este concierto, regían y gobernaban los Incas en paz y quietud todo su imperio, y los vasallos de diversas naciones se tenían como hermanos, porque todos hablaban una lengua» (1). Para ese ilustre precursor de la filología comparada, la importancia del quichua procedía, no sólo de su «gran armonía y arteificio,» sino de «su universalidad entre muchas naciones.» La primera gramática quichua que se dio a la estampa fue, según Hervás, la del dominico Santo Tomás, impresa en Valladolid en 1560; y Monseñor Gasparri cita numerosos trabajos recientes hechos dentro y fuera del Perú sobre el expresado idioma. El investigador tiene, pues, a su disposición, un material abundante.

En el estudio del quichua ha creído hallar Monseñor Gasparri la clave del problema: una atenta comparación entre este idioma y el que se habló, siglos há, en las orillas del Nilo, lo persuade de que hubo dos invasiones egipcias en el Perú: una en la época *preincaica*, otra en la *incaica*; y lo lleva a establecer estrecha relación, tal vez no advertida anteriormente por nadie, entre el idioma de los Incas y el de Egipto, en sus tres formas, geroglífica, demótica y copta.

Extraños términos de comparación! De un lado, un idioma americano que no logró fijarse por medio de la escritura antes de la conquista, y que ha tenido que acudir, para lograr una representación imperfecta, a las letras del alfabeto castellano; y de otra parte, un idioma misterioso, que fue por largo tiempo una esfinge para los sabios y que sólo a la ciencia moderna ha venido a revelar sus secretos. La idea de establecer esta relación, este cotejo, ha sido verdaderamente genial.

Según Monseñor Gasparri, tanto el egipcio como el quichua son idiomas *aglutinantes*, es decir, pertenecen a aquella clase intermedia entre las lenguas monosilábicas y las de flexión, en que «la palabra no está compuesta por la raíz sola, sino se forma por la unión de

(1) *Catálogo de las lenguas*, t. 1.º

muchas raíces. En esta juxtaposición, una sola de las raíces aglomeradas guarda su valor real: las otras raíces lo ven debilitarse y pasar a segundo término; y a penas sirven para precisar el modo de ser o de acción de la raíz principal, cuya significación primitiva permanece intacta» (1).

«La lengua quichuá y la lengua egipcia—dice Monseñor Gasparri—convienen en dos puntos: 1.º Las formas gramaticales vienen expresadas por medio de raíces—partículas que acompañan la raíz—palabra a manera de preposiciones; 2.º sus raíces simples conservan todavía valor vago e indeterminado. Entre éstas deben numerarse también las raíces partículas que hacen el oficio de preposiciones, pues su valor no es siempre del todo fijo. Ellas dan en general la idea vaga de la relación que existe entre dos o más raíces-palabras sin determinarlo con precisión. Y es por esto que una misma partícula representa a menudo muchas formas gramaticales. Por consiguiente, el valor fijo de una palabra compuesta o el verdadero sentido de una frase, es siempre el resultado de más ideas generales. En nuestras lenguas, donde las raíces tienen un significado fijo y las formas gramaticales un valor del todo determinado, el sentido de una frase o el significado de una palabra compuesta, es como el total de una simple adición, mientras en las lenguas egipcia y quichua es el resultado de varias operaciones y la solución de un verdadero problema.»

Observa Monseñor Gasparri que el parentesco entre dos lenguas puede aparecer, sea en su estructura y formas gramaticales; sea por su identidad de raíz: así, la comparación entre el quichua y el egipcio, debe establecerse principalmente sobre esos dos puntos para pasar luego al estudio de la fonética, que nuestro autor considera de suma importancia, pues, en su concepto, «la lengua quichua puede ser de grande ayuda para reconstituir la antigua fonética geroglífica, demótica y

(1) Hovelacque. *La linguistique*. Pág. 63.

copta,» a causa de ser una lengua hablada todavía y no haber estado en contacto con otros idiomas, por lo cual ha podido conservar más exactamente la pronunciación primitiva.

Nota Monseñor Gasparri que para referir a un mismo origen dos lenguas que han estado separadas durante siglos, no se requiere que haya una relación clara y patente entre todas y cada una de sus formas gramaticales. Basta encontrar identidad o, por lo menos afinidad estrecha, entre sus formas principales. «Por ejemplo, el origen semítico del egipcio, hoy universalmente admitido, se basa exclusivamente sobre la identidad del sistema pronominal. Mas la relación que existe entre el egipcio y el quichua es mucho más marcada que aquella.» A la comprobación de esta tesis dedica el autor las nutridas páginas del volumen, donde establece rigurosa confrontación entre las formas pronominales de las dos lenguas poniendo de manifiesto, haciendo palpar, por decirlo así, la singular semejanza que presentan. Queríamos reproducir algunos artículos, para que los lectores se dieran cuenta de los felices resultados obtenidos por Monseñor Gasparri en su trabajo comparativo; pero es ésta una labor que debe apreciarse en conjunto, y además, no habría facilidad para la transcripción de los signos del idioma geroglífico.

Muy propio es este estudio de un egregio Prelado de la Iglesia romana; pues a sacerdotes se debe la gran mayoría de las gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas de América, especialmente los más antiguos y los verdaderamente irremplazables. Hervás, en la introducción de su magno *Catálogo*, refiriéndose a los materiales de que dispuso, dice: «Para esta consulta me han ofrecido mis circunstancias presentes la ocasión más ventajosa que hasta ahora ha habido en el mundo y que difícilmente se logrará en los siglos venideros. Esta ocasión ha sido y es la de hallarme en Italia, en medio de muchedumbre de jesuitas sabios, antes dispersos por casi toda la faz terrestre para anunciar el santo Evangelio a las naciones más remotas y

bárbaras; y ahora, compañeros míos, envueltos en la misma desgracia, que arrancándonos del seno de la patria, nos ha arrojado a las playas de Italia. En esta, rodeado yo de sabios y celosos misioneros de casi todas las naciones conocidas del mundo, he podido fácilmente consultar a unos de palabra y a otros por escrito, pidiendo a cada uno las palabras que de la lengua de su misión pongo en mi vocabulario poliglota y alguna noticia de su artificial gramática.» Hervás reconoce que ningún sitio podía haber más adecuado para sus estudios que «esta ciudad de Roma, que como centro del catolicismo es patria común de todo el orbe.» Todo cuanto a Roma se refiere tiene un sello inconfundible de grandeza y de universalidad. Ese Concilio ecuménico, no de teólogos sino de políglotas, que revive en nuestra imaginación al conjuro de las palabras de Hervás, nos infunde reverencial respeto, sobre todo, cuando se piensa en que muchos de los que aportaron esa contribución para el estudio de las lenguas, llevaban en sus cuerpos el testimonio de las penalidades sufridas en las arduas tareas de la evangelización en tierras salvajes; y aun las cicatrices de los tormentos sufridos por confesar la fe y procurar el bien de las almas. (1)

(1) El ilustre y erudito escritor Conde de las Navas publicó no ha mucho el catálogo bibliográfico de veintidós manuscritos que existen en la Biblioteca de S. M. el Rey, y que se refieren a lenguas indígenas, principalmente del Nuevo Reino de Granada. Como dice el mismo Conde en su precioso *Catálogo* de la Biblioteca Real, (T. 1.º Introducción) estos manuscritos fueron «juntados por Don Josef Celestino Mutis, en virtud de orden del Arzobispo Virrey Don Antonio Caballero.» Reproducimos la lista de las lenguas estudiadas en esa colección, cuya publicación será de gran precio para los eruditos: Achagua, Amuguaje, Anathomos, Andaquí, Aruaca, Caribe, Ceona, Coiamos, Chagues, Chibcha, Chocho, Guama, Guarani, Guasaimo, Guasteco, Huaque, Mazahua, Mejicano, Mixteco, Mosca, Motilona, Murciegala, Othomí, Otomaca, Paez, Pariagoto, Sabriles, Tapavita, Tarasco, Tepegua, Tumaco, Yarura.

Hacemos votos por que Monseñor Gasparri pueda aprovechar su nueva residencia en América para completar su trabajo con la publicación de los dos importantes tratados sobre las raíces y sobre la fonética. Hoy, cuando hasta los gobiernos se interesan en estas investigaciones y Alemania tiene en diversas regiones de América especialistas destinados al estudio de las lenguas indígenas, con la esperanza de llegar por medio de la filología, a la solución del problema sobre el origen de los americanos, una obra como la de Monseñor Gasparri, está llamada a atraer la atención del mundo sabio.

Bogotá, marzo de 1916.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

EL CIEGO

La tarde del 24 de diciembre le sorprendió en despoblado, a caballo y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día como si fuese lámpara y alguien diese vuelta a la llave para acortar la luz. Sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible a medio día, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpas; a la derecha, el camino; a la izquierda, una montaña pedregosa casi vertical, escueta y plomiza de tono.

Allá abajo no se divisaba más que una cinta ne-gruzca donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas fantasmagóricas; todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso, le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Paso, del cual le separaban aún tres largas leguas, y